

respondió Dumont: nuestros enemigos escitan la tempestad, ignorando que el rayo va á caer sobre sus cabezas.—Sí, replicó Ruamps, el rayo es vuestra juventud del palacio real.—Pan, pan, repetian las mugeres furiosas.

Entre tanto se oyó tocar á rebato en el pabellon de la Unidad, y en efecto las comisiones ejecutando la ley de alta policia, mandaban reunir las secciones y ya muchas habian tomado las armas y marchaban hacia la convencion. Bien conocian los montañeses que era necesario darse prisa á convertir en decretos las solicitudes de los patriotas; pero para esto era necesario desahogar la asamblea y dejarla respirar.—Entonces gritó Duhem: presidente, intimid á esos buenos ciudadanos que se retiren para que nos dejen deliberar, y dirigiéndose al pueblo le dijo; ya ha sonado la campana de rebato y se toca por las calles la generala, y así podeis estar seguros de que si no nos dejais deliberar está perdida la patria.—Quiso Choudieu asir por el brazo á una muger para hacerla que saliese, y ella le respondió muy colérica diciendo que estaba en su casa; viendo lo cual Choudieu le dijo al presidente que sino sabia cumplir con su obligacion cediese el puesto á otro que lo sabia desempeñar mejor, y dirijiéndose de nuevo á la multitud la dijo: ¿No «conoceis que os estan tendiendo un lazo? Reti-

«raos inmediatamente para que nosotros podamos cumplir vuestros deseos.» Viendo el pueblo las señales de impaciencia que estaba dando toda la montaña, se dispuso á retirarse, y á corto rato se fué disminuyendo el concurso así dentro como fuera. En aquel dia no hubieran podido hacer nada los jóvenes contra aquel inmenso gentio, pero los numerosos batallones de las secciones fieles á la convencion iban llegando por todas partes y la multitud se retiraba en su presencia. A la tardecilla ya estaba desembarazado todo así dentro como fuera de la sala y se habia restablecido el sosiego en la convencion.

No bien se halló esta libre cuando se pidió la continuacion del informe de Boissy d'Anglas que se habia interrumpido con la irrupcion del populacho, y como la asamblea no se consideraba todavía muy segura, queria dar una prueba de que su primera atencion despues de libre habia sido cuidar de las subsistencias del pueblo. A consecuencia de su informe propuso Boissy que se entresacase alguna fuerza armada de las secciones de Paris para proteger en las cercanias la llegada de los granos, y en efecto así se acordó. Tambien propuso Prieur del Marne que se principiase la distribucion del pan por los trabajadores, y tambien quedó adoptada la proposicion; mas cuando ya la noche estaba bastante adelantada, se halló reuni-

da una fuerza considerable al rededor de la convencion, y se supo que algunos facciosos se resistian todavia en la seccion de *Quinze-Vingts* y otros en la de la ciudad, habiéndose apoderado estos últimos de la catedral donde se atrincheraban; pero no se tuvo la menor inquietud sobre esto porque estaba segura la asamblea de poder castigar los atentados de aquel dia.

Presentóse Isabeau en nombre de las comisiones y refirió todas las ocurrencias, el modo con que se habian formado las reuniones, la direccion que habian recibido, y las providencias tomadas por las comisiones para disiparlas en conformidad de la ley del 1.º de germinal. Refirió que habiéndose comisionado al diputado Auguis para que recorriese diferentes barrios de Paris le habian preso y herido los facciosos, y que tambien habia recibido un tiro el diputado Penières<sup>6</sup>, que habia ido á libertar al otro. Al oír esta relacion se dieron grandes gritos de indignacion pidiendo venganza, y propuso Isabeau: 1.º que se declarára haberse violado en aquel dia la libertad de las sesiones de la convencion; 2.º que se encargase á las comisiones formar causa contra los autores del atentado. Oída esta proposicion principiaron á murmurar los montañeses al ver el partido que se queria sacar de su inútil tentativa, y las tres cuartas partes de la asamblea se levantaron pidiendo que se votase. To-

dos decian que habia sido un 20 de junio contra la representacion nacional, invadiendo la sala de la asamblea, como en aquel dia se habia invadido el palacio del rey, y que si la convencion no hacia caso, pronto se prepararía contra ella otro 10 de agosto. Quiso Sergent, diputado de la montaña, imputar aquel movimiento á los fuldenses, á los Lameth, y á los Duport, que segun dijo trataban desde Londres de precipitar á los patriotas á excesos imprudentes, pero se se le respondió que estaba delirando. Tibaudeau que durante toda aquella escena se habia retirado de la asamblea, indignado del atentado dirigido contra ella, subió á la tribuna y dijo: «Allí está, señalando con el dedo el lado izquierdo, la minoria que conspira, yo declaro que me he ausentado durante cuatro horas porque no veia aquí la representacion nacional, y vuelvo ahora solo para aprobar el proyecto de decreto. Pasó ya el tiempo de la debilidad, que es la que ha comprometido siempre á la representacion nacional, y dado aliento á una faccion perversa. Hoy está en vuestras manos la salvacion de la patria, y la perdereis si sois débiles.» Adoptose el decreto con infinitos aplausos y principiaron á des-pertarse aquellos accesos de cólera y venganza que se acostumbran cuando se recuerda el peligro que se ha corrido. Andres Dumont que habia ocupado

el sillón de la presidencia durante aquella tempestuosa escena, se dirigió á la tribuna y se quejó de las amenazas é insultos que le habian hecho, recordando que Chalés y Choudieu le habian sindicado al pueblo diciendo que el realismo estaba sentado en la silla de la presidencia y que Fousseoire <sup>7</sup> habia propuesto la víspera en un grupo desarmar la guardia nacional. Pero Fousseoire le desmintió, á pesar de que una multitud de diputados aseguraron que se lo habian oido. « Por lo demas, continuó Dumont, yo « desprecio altamente á todos esos enemigos que « han intentado asestar contra mí los puñales, « porque solo debe atacarse á los corifeos y no ca- « be la menor duda de que el intento de hoy ha « sido poner en salvo á los Billaud, Collot y Bar- « rére; los cuales no propondré yo que se les en- « vie al cadalso porque ni están juzgados ni ya « subsiste la moda de los asesinatos jurídicos; pe- « ro sí que se les destierre porque están infestando « el pais y promoviendo sediciones. Por tanto os « propongo para esta noche la deportacion de los « cuatro acusados, cuya causa está pendiente hace « muchos dias. » Se oyó aquella proposicion con grandes aplausos, solicitando los de la montaña la votacion nominal, y muchos de ellos se acercaron á la mesa para firmar la solicitud. Entonces dijo Bourdon; « Este es el último esfuerzo de

« una minoria cuya traicion es evidente; y os pro- « pongo ademas el arresto de Choudieu, Chalés y « Fousseoire. » Ambas proposiciones pasaron á ser decretos y así se terminó por la deportacion el largo proceso de Billaud, Collot, Barrére y Vadier. Arrestóse tambien á los otros tres y no contentándose con estos, se recordó que tambien Huguet habia tomado la palabra cuando se invadió la sala y díchole al pueblo *que no olvidara sus derechos*; que Leonardo Bourdon habia presidido la sociedad popular de la calle de Vertbois y aconsejado la insurreccion con sus continuas declamaciones; que Duhem habia estado animando abiertamente á los revoltosos durante la irrupcion del populacho, y que los dias anteriores se le habia visto en el café Payen, en la seccion de los Inválidos, bebiendo con los principales corifeos de los terroristas animándolos á la insurreccion: y por tanto se decretó tambien el arresto de Huguet, Leonardo Bourdon y Duhem. Tambien se fueron recordando otros muchos, en cuyo número estaba Amar, el miembro mas aborrecido de la antigua comision de seguridad general, y reputado por el mas peligroso de los montañeses, y en consecuencia se le mandó arrestar. Para alejar de Paris á todos aquellos supuestos gefes de conspiracion, se propuso y decretó que fuesen conducidos al castillo de Ham, añadiendo que se les llevase

en el instante mismo. En seguida se propuso declarar la capital en estado de sitio hasta que hubiese pasado enteramente el peligro, y como se hallaba entonces en Paris el general Pichegrú en todo el brillo de su gloria, le nombraron general de la fuerza armada durante todo el tiempo del riesgo, dándole por adjuntos á los diputados Barrás y Merlin de Thionville. De suerte que siendo ya las 6 de la mañana del 13 de germinal (2 de abril) se separó la asamblea abrumada de cansancio, pero confiada en las providencias que habia tomado.

Las comisiones tomaron sus medidas para ejecutar sin dilacion los decretos que se acababan de promulgar, y en aquella misma mañana se encerró en sus respectivos coches á los cuatro deportados, aunque uno de ellos, Barrére, estaba muy enfermo, y se les encaminó á Orleans con direccion á Brest. Con igual presteza se hizo salir á los otros siete diputados que estaban destinados al castillo de Ham, y como los carruages tenian que atravesar los Campos Eliseos, y lo sabian los patriotas, acudieron muchos á su paso para detenerlos, de suerte que cuando llegaron allí los coches, precedidos de la gendarmeria, se formó al rededor de ellos un numeroso peloton. Decian unos que era la convencion que se retiraba á Chalons llevándose los fondos de la tesoreria; otros por el

contrario, que eran unos diputados patriotas injustamente arrebatados del seno de la convencion, sin que nadie tuviera derecho para despojarlos de sus funciones. En estas y otras se dispersó la gendarmeria y condugeron los carruages á la comision civil de los campos Eliseos, y en el mismo instante cargó otro grupo sobre el puesto que guardaba la barrera de la Estrella y apoderándose de los cañones los apuntó hácia la calle de árboles por donde debian pasar los coches. En vano intentó el comandante de la gendarmeria parlamentar con los sediciosos, sino que le asaltaron y se vió precisado á huir hácia el Gros-Caillou á pedir socorro; pero los artilleros de la seccion le amenazaron de que dispararian contra él sino se retiraba. En aquel momento llegaban muchos batallones de las secciones, y algunos centenares de jóvenes mandados por Pichegrú, muy orgullosos de venir marchando bajo las órdenes de un general tan célebre. Dos cañonazos dispararon los insurgentes á que se siguió un tiroteo de fusil bastante vivo, del cual fué herido á quema ropa Raffet <sup>s</sup> que mandaba aquel día las secciones, y el mismo Pichegrú corrió grandísimos riesgos, pues le apuntaron dos veces cara á cara. Sin embargo su presencia y la serenidad que inspiró con su ejemplo á los que estaban bajo sus órdenes, decidieron el éxito de aquel día, y puestos en fuga los in-

surgentes, prosiguieron los carruages su marcha sin obstáculo.

Faltaba disipar la reunion de la seccion de *Quinze-Vingts* á la cual se habia reunido la otra de la catedral, donde los facciosos se habian erijido en asamblea permanente y estaban tratando de una nueva insurreccion. Acudió allí Pichegrú, mandó desocupar la sala de la seccion y acabó de restablecer la tranquilidad pública.

Al día siguiente se presentó en la convencion á dar cuenta de que los decretos quedaban cumplimentados, lo cual se oyó con universales aplausos al conquistador de la Holanda que acababa de hacer con su presencia en Paris un nuevo y señalado servicio, y le dijo el presidente: «El vencedor de los tiranos no podia menos de sugetar á los facciosos.» Recibió el abrazo fraternal, los honores de la sesion y estuvo durante muchas horas espuesto á las miradas de la asamblea y del público que todas estaban fijas en él. No se reflexionaba ni hacia mencion de la causa de sus conquistas ni de la parte que en ellas habian tenido muchos acontecimientos casuales, sino que solo se paraba la vista en los resultados y se admiraba una carrera tan brillante.

Esta osada tentativa de los jacobinos perfectamente comparada con la del 20 de junio solo contribuyó á aumentar la irritacion que ya se tenia

contra ellos y provocó nuevas providencias de represion. Se mandó hacer una sumaria severa y minuciosa con el objeto de descubrir todos los hilos de la conspiracion que equivocadamente se atribuia á los individuos de la montaña, cuando en la realidad estos no tenian comunicacion alguna con los agitadores del pueblo limitándose sus relaciones con ellos á las veces que se encontraban en los cafés donde se contentaban con animarles verbalmente. Pero sin embargo la comision de seguridad general tuvo encargo de informar sobre todos ellos.

Se daba por supuesto que la conspiracion era tanto mas estensa cuanto se habia observado que en todas las comarcas bañadas por el Ródano y el Mediterraneo, habia habido tambien sus movimientos, como en Lyon, Aviñon, Marsella y Toulon. Ya se habia denunciado á los patriotas diciendo que habian abandonado los pueblos donde eran conocidos por sus excesos y que se reunian armados en las ciudades principales, bien fuese por huir de la presencia de los parientes de sus víctimas, ó bien para reunirse con los suyos y hacer causa comun con ellos. Se propalaba que andaban recorriendo las orillas del Ródano y que circulaban en partidas numerosas por las inmediaciones de Aviñon, Nimes, Arles y en las llanuras del Crau, donde cometian grandes violencias contra los habitantes que tenian reputacion

de realistas. Se les achacaba la muerte de un particular muy rico que era magistrado en Aviñon, á quien se habia asesinado y robado. En Marsella apenas podia contenerles la presencia misma de los representantes ni la providencia que habia sido preciso tomar de declarar la ciudad en estado de sitio. En Tolon tambien se habian reunido en gran número y formaban un cuerpo de muchos miles de individuos, poco mas ó menos como habian hecho los federalistas cuando llegó el general Cartaux. Allí dominaban enteramente á la ciudad incorporados con los empleados de la marina que casi todos habian sido elegidos por Robespierre el menor despues que se tomó aquella plaza. Tenian muchos partidarios entre los trabajadores del arsenal, cuyo número ascendia á mas de 12 mil y todos ellos reunidos eran capaces de los mayores excesos. Era entonces el momento en que ya reparada la escuadra estaba pronta á dar la vela, y á bordo del navío almirante el representante Letourneur.<sup>9</sup> Se habian embarcado algunas tropas en los buques y segun voz pública estaba destinada la espedicion á la Córcega y asi aprovechando los revolucionarios la ocasion de no haber en la plaza mas que una corta y poco segura guarnicion, como que en ella contaban muchos partidarios, habian formado una sublevación y en los brazos mismos de los representantes

Mariette<sup>10</sup>, Ritter<sup>11</sup> y Chambon habian quitado la vida á siete prisioneros sospechados de emigracion. Iguales desórdenes renovaron en los últimos dias de marzo empeñándose en que se queria perdonar á 20 prisioneros hechos en una fragata enemiga, y estaban encerrados en uno de los fuertes. Con este motivo alborotaron á los 12 mil trabajadores del arsenal y rodeando á los representantes estuvieron para degollarlos y lo hubieran hecho á no haberles contenido un batallon que desembarcó de la escuadra.

Como todos estos hechos coincidian con los de Paris se aumentaron los recelos del gobierno y duplicaron su severidad. Ya se habia mandado á todos los miembros de las administraciones municipales, á las comisiones revolucionarias, populares ó militares, y por último á todos los empleados que habian sido destituidos despues del 9 de thermidor salir de los pueblos donde se habian reunido y restituirse cada uno al suyo; pero se espidió contra ellos otro decreto mas severo. Se habian apoderado de las armas que se distribuyeron en los momentos de crisis, y se decretó que todos cuantos eran conocidos en Francia por haber contribuido á la vasta tirania que se abolió el dia 9 de thermidor, fuesen desarmados, debiendo cada asamblea municipal y de seccion designar los cómplices de aquella tirania y arre-

batarles las armas. Ya se deja discurrir las peligrosas pesquisas á que iba á esponerlos semejante decreto en el momento mismo en que habian dado motivo para escitar el odio mas violento. Mas no se contentaron con esto solo, sino que tambien se les quiso privar de los supuestos corifeos que tenian en la montaña; pues aunque ya habian sido condenados á la deportacion los tres principales y estaban encerrados en el castillo de Ham los otros siete, á saber, Choudieu, Chales, Fousseidoire, Leonardo Bourdon, Huguet, Duhem y Amar, todavia se creia que quedaban otros igualmente terribles. Se concibieron sospechas ó por lo menos llegó á incomodar demasiado Cambon, el dictador en materias de hacienda y el inexorable adversario de los thermidorianos, á quienes nunca perdonaba que se hubiesen atrevido á poner dudosa su probidad. Se dijo que en la mañana del 12 les habia dicho á los empleados de la tesoreria: «Ustedes son aquí 300, y en caso de peligro bien podrian resistir», cuyas palabras era muy posible que las hubiese dicho y aunque probasen cierta conformidad de sentimientos, mas no su complicidad con los jacobinos. Igualmente fue considerado como gefe de faccion aquel Thúriot, que habiendo sido thermidoriano en otro tiempo, se habia vuelto á pasar á la montaña despues de la reintegracion de los 73 y de los 22 diputados. En

la misma categoria se puso á Crassous, que habia sido uno de los apoyos mas enérgicos de los jacobinos; á Lesage Senaout, que habia contribuido á cerrarles el club, pero que se habia alarmado con la reaccion; á Lecointre el de Versalles, enemigo declarado de Billaud, Collot y Barrère, y habia vuelto á la montaña por haberse admitido á los girondinos; á Maignet, el incendiario del Mediodia; á Hentz el terrible procónsul del Vendée; á Levaseur del Sarthe, uno de los que contribuyeron á la muerte de Philipeaux; y á Granet el de Marsella, acusado de ser uno de los instigadores de los revolucionarios del Mediodia. Tallien fué quien los designó en la tribuna, proponiendo que fuesen arrestados y remitidos á Ham como sus siete compañeros. Cumpliéronse los deseos de Tallien, y todos fueron condenados á sufrir aquella pena.

Asi no sacaron otro fruto los patriotas de su movimiento mas que ser perseguidos, desarmados en toda Francia, desterrados á sus pueblos, y perder unos 20 montañeses, de los cuales unos fueron desterrados y otros encerrados. Esto sucede á cada partido que se remueve sin tener la fuerza necesaria, pues en caso de no vencer solo consigue acelerar su pérdida.

Despues de haber castigado á los individuos, trataron los thermidorianos de romper con las

cosas, y así la comisión de los siete, que estaba encargada de dar un informe sobre las leyes orgánicas de la constitución, declaró sin rebozo alguno que era esta tan vaga, que era indispensable rehacerla. Entonces se nombró otra comisión de once miembros para que presentara un nuevo plan; pero desgraciadamente las victorias de sus adversarios, lejos de corregir á los revolucionarios y hacerles entrar en el orden, iba á irritarlos mas y provocar nuevos y peligrosos esfuerzos.

## NOTAS DEL TRADUCTOR

### PERTENECIENTES AL CAPITULO QUINTO.

PAGINA 275.

1 Juan Francisco Laharpe, poeta, orador y crítico, nació en Paris el 20 de noviembre 1739, de padres desconocidos y abandonado en la calle de la Harpe, cuyo nombre adoptó. El mismo refiere que hasta la edad de 19 años debió el alimento y la educación á las hermanas de caridad de la parroquia de S. Andres de los Arcos. Una confesion tan humilde como ingenua basta para desmentir el concepto de orgulloso con que le motejan algunos de sus biógrafos. Admitido gratuitamente en aquella edad en el colegio de Harcourt por la protección de su rector Mr. Asselin, no tardó en llamar la atención por sus prematuros progresos, pues obtuvo todos los primeros premios de las clases á que asistió. Mas no contento con aquel triunfo, tuvo la desgraciada mania de componer algunas sátiras contra sus maestros y aun contra su mismo protector, cuyo rasgo de ingratitud le ocasionó una justa severidad de los magistrados que le condenaron á estar preso algunos meses en una casa de corrección. Hay quienes atribuyen á este merecido castigo aquella acritud de carácter que conservó Laharpe todo el resto de su vida; pero nos parece mas natural que procediese de la falsa posición en que le habia colocado su nacimiento, la cual debió inspirarle algun odio contra las instituciones sociales. Lo mismo le sucedió á d'Alembert y á los dos Rousseaux y á otros muchos que podriamos citar como ejemplos de un orgullo mal disimulado con el desden de todo cuanto les rodeaba. Sea lo que quiera, esto no le impidió entregarse á su inclinación poética, publicando sus *Heroidas*, de quienes apenas queda hoy no-